

emplearon para limpiar la conciencia de sofismas. Pero estos semidioses de la tierra, soberanos del pensamiento, jueces de las instituciones, al entrar en la vida han visto sus derechos más sagrados á merced del primer montero de uno de esos Reyes, ó régulos, vestigios de la Edad Media, fuegos fatuos en el osario de lo pretérito, que han reinado recientemente, y que en algunos pequeños pueblos todavía reinan sobre el suelo feudal de la venerable Germania.

Hase comparado el alemán al indio antiguo, absorto en la contemplación del mundo y en la contemplación de sí mismo, dando á los otros pueblos sus ideas y sus dioses. Háseles comparado también á los griegos después de Alejandro; no porque posea el alemán aquella elocuencia escrita y oral propia de los griegos en todo tiempo, como si no pudiera el espíritu helénico ser tocado de decadencia, no porque posea relieve de formas, de expresión que da vida, y sangre y carne á los pensamientos más abstrusos, no; parécense á los griegos en su vejez, porque como éstos, piensan, escriben, hablan, enseñan, transforman las conciencias, se entregan á las ideas y dejan que á su lado, sobre sus espaldas, se levante un imperio militar y autocrático, el cual de tiranía en tiranía, llegue á engendrar la degeneración física y moral de la vieja Bizancio. Los pueblos nuestros, que tan rápidos fueron en la realización de sus ideas, apenas han tenido la libertad de pensar. Los pueblos alemanes, que han tenido antes la libertad de pensar, apenas han experimentado el vivo deseo de realizar sus pensamientos. Y la idea que no toca en la realidad, que no la transforma, que no se convierte en el pan del alma distribuido entre los pueblos, que no derrite cadenas, que no destruye cadalsos, encerrada allá en las cimas de la razón pura, es como Dios sin Providencia, como Dios recluso en la soledad de su inaccesible substancia, sin comunicación alguna, ni con el espíritu, ni con la naturaleza. Nadie admira como yo Alemania, nadie. Su metafísica es el tuétano de nuestro pensamiento. Su poesía corresponde con el vago idealismo de nuestro espíritu. Debe llamarse al arte alemán la filosofía del corazón. Su música misma impenetrable á las primeras audiciones, parece, después de conocida, la voz de la Naturaleza, la armonía de las ideas increadas, la anticipación del espiritualismo celeste. Yo perdono á los escritores alemanes la contusión del estilo y á sus filósofos la obscuridad del pensamiento, porque comprendo que sólo así pueden conservar aquel individualismo característico de su naturaleza. Yo admiro la indagación pacientísima, el culto religioso á la ciencia, toda nutrición que los alemanes han dado al espíritu moderno. Pero cuantos amamos al progreso tenemos derecho á proferir alguna queja y alguna reconvención amarga de los oídos del pueblo alemán. Si, aquel pueblo descrito magistralmente por Tácito con todas las aptitudes para la libertad; menospreciador del oro porque desconocía las necesidades que el oro satisface; reunido en Asambleas donde los principales trataban de las cosas menudas y el pueblo entero de todas; gobernado más por el ejemplo que por la autoridad, más por la persuasión que por

la fuerza; dotado con la voluntad de elegir á sus jefes y dispuesto al deber de acompañarlos y seguirlos por todas partes; adorador castísimo de la mujer en cuya frente vislumbraba las señales de la profecía y en cuya hermosura el divino ministerio del sacerdocio; aislado en su hogar con su familia y con sus hijos que no sabrían agarrarse de otro pecho ni nutrirse de otra leche que del pecho y de la leche maternales; amigo de su independencia personal hasta la exaltación, y enemigo de la tiranía hasta el encarnizamiento; este pueblo que á través de tantos siglos ha conservado alguna de aquellas virtudes primitivas, como ha precedido á todos los pueblos modernos en proclamar la conciencia libre, debió también precederlos en establecer la federación y la República. Pero no seamos materialistas. Las ideas, aun aquellas que parecen más vagas, alimentan las conciencias y se filtran en la realidad. Cuando nos perdemos en las abstracciones científicas, no pensamos en que aquellas abstracciones, como el Verbo divino, han de encarnarse en la substancia y en la forma del género humano. El viajero perdido en la cima de los Alpes, sobre las nieves eternas, sin poder apenas respirar, sin percibir ni asomo de vida en aquel desierto de hielo, no concebirá que allá abajo, en el valle hondísimo sea tanta frialdad, tanta inmovilidad, tanta desolación el Rhin, el Tesino, el Ródano, derramando la vida y las alegrías de la abundancia en las campiñas de Italia, de Francia y de Alemania. La idea es alma, la idea es vida. Los hechos no hacen más que copiar las ideas y copiarlas imperfectas borrosamente. En todo el curso de los hechos sociales van contenidas las ideas y son como el oxígeno en el aire. Quizá tarde siglos en formarse la sociedad animada por una idea progresiva. No nos curemos de los plazos. Pero el tiempo es una idea de relación, y así el plazo será largo si con nuestra breve vida se compara, breve comparado con la vida de la humanidad. Nadie es capaz de calcular los millones de siglos que han sido necesarios para formar y componer este planeta en el cual vamos embarcados. ¿Quién puede adivinar lo que tardará una idea en caer de la mente de un pensador sobre el cenáculo de una escuela; en pasar de las indagaciones de la escuela á las fuerzas militantes de un apostolado; y de las fuerzas militantes de un apostolado al crisol del martirio; y del crisol del martirio á la conciencia de todo un partido, y de la conciencia de todo un partido á las leyes; y de las leyes á las costumbres? Pero no tenemos derecho á dudar de la virtud, de la eficacia que guardan las ideas; nosotros, después de haberlas visto salir de los labios mucho más tenues que el aire en que iban envueltas y fundir así las bayonetas de los ejércitos reaccionarios como las coronas de los Reyes absolutos.

La época, historiada por mí ahora, ofrece un conflicto social entre la raza latina y su émula, originado en las hereditarias contradicciones intelectuales entre ambas. A primera vista parece que debían las familias de pueblos, conocidas con el nombre de razas, concebir de un modo idéntico el ideal, superior á las circunstancias de tiempo y espacio, aunque se diversificaran en su realización, la cual pide circunspecciones múltiples atentas al carác-

ter fisiológico y psíquico de los pueblos afines y al clima propio y al ambiente histórico en que todos ellos nacen, crecen y viven. El ideal puede muy bien definirse aquello que no es; y si es, aquello que es en la idea. Tienen su ideal desde las manifestaciones más claras del espíritu, como lo son las matemáticas de suyo, hasta las manifestaciones más misteriosas, como lo es la Religión. Parece que para ver el uno sólo necesitamos convertir los ojos al cielo y mirar el sol. Mas, el uno, el individuo, se ve por todas partes, y la unidad más bien se concibe allá, muy arriba, en la idea, que se ve aquí abajo, en la realidad. Por eso las tribus en sus comienzos todas son politeístas y han menester mucho tiempo, un largo transcurso de tiempo, para concebir y explicar la unidad. Como nadie ha visto un cuerpo elástico realizando en toda su pureza el fundamental código de la elasticidad; nadie ha visto en el universo las figuras geométricas perfectas sugeridas por su respectivo ideal a las grandes inteligencias matemáticas. Nada tan distante de toda idealidad como la Naturaleza, y sin embargo nada tan lleno de idealidades por el pensamiento. ¿Dónde habéis visto el número? ¿Cómo sabéis la correspondencia entre vuestras series ó ecuaciones algebraicas y los seres? Las leyes de gravitación, aunque las veáis cumplidas por los mundos en sus conciertos, resultan armonías concebidas por el humano intelecto. Nadie ha visto, ni podrá ver nunca, las especies enteras. Y sin embargo, por una idealidad superior de nuestra mente, sabemos no se desmentirán los caracteres fundamentales que atribuye á cada especie con exactitud matemática el humano pensamiento. Hay muchos que niegan la realidad y muchos que niegan lo ideal. Para negar ó desconocer éste habrá que snprimir de las facultades mayores del espíritu, la sintética por excelencia, la generalización. Bien es verdad que no deben expedir los escépticos á las escuelas para convencerlos, sino á las clínicas para curarlos. Así el arte junta lo ideal á lo real. En lo tocante á la forma y á la expresión y á la materia donde habrá de revelarse, desde la piedra del arquitecto á la palabra del poeta, es la poesía, ó el arte, real; pero, en cuanto la sensibilidad profunda del artista lo transforma, y la fantasía lo esclarece, y la inspiración lo anima, el arte con sus intuiciones y con sus prototipos entra de lleno en el cielo de la idealidad. Y lo mismo sucede con la moral que sucede con el arte. Podéis ver muchas acciones buenas realizadas; por morales y perfectas que sean éstas, vosotros las concebís mejores en el pensamiento. Pues, teniendo un ideal desde las artes hasta las matemáticas y desde las matemáticas hasta las religiones, imposible no se animara y esclareciera por algún modo al ideal nuestra sociedad humana y en la sociedad humana el elemento que más á regularla sirve y más le importa: la política. En la religión entra mayor cantidad de lo ideal que de lo real; en el arte lo mismo; pero entra mayor cantidad de lo real que de lo ideal en la Naturaleza. Igual pasa en política. El pueblo germano, generador de una revolución religiosa, no había llegado hasta una revolución política, el año noventa y dos; la nación francesa, generadora de una revolución política, no había podido intentar una re-

volución religiosa; la nación italiana, generadora de una revolución artística, no había hecho la revolución religiosa, ni había hecho la revolución política; y lo mismo sucedía con la raza hispánica, la cual hiciera una revolución planetaria, sin pensar en una revolución política: que tales dobles transformaciones sólo se han visto, la revolución política y la revolución religiosa juntas, en Inglaterra, en Holanda, en Suiza. Germania supo formular un principio de tanta y tan universal transcendencia como el libre examen y luego no supo deducir sus consecuencias. Lutero se arrepintió de haber hecho la Reforma con su genio, al ver la revolución de los labriegos, como el Criador se arrepintió de haber criado el mundo, al ver la culpa de Adán. Pero la revolución universal no podía transformar la conciencia con Lutero, transformar el cielo con Copérnico, transformar el arte con Rafael, transformar el planeta con Colón, transformar la filosofía con Descartes, sin transformar también la sociedad y en la sociedad sin transformar también la política. En el siglo décimo-sexto se organizó el protestantismo realista por medio de los Electores alemanes y de los Reyes británicos; al fin del siglo décimo-sexto se había organizado el protestantismo demócrata por medio de Calvino en Ginebra, de Zuinglio en Zurich, de Marnix en Holanda, de Knox en Escocia, y un poco más tarde, también de Cromwell en Inglaterra. Pero ninguna de las naciones, que llevó al pueblo y al Estado la Reforma, llevó ni al sentido común la filosofía, ni al Estado la revolución. Esta obra de difundir las ideas abstractas en el sentido popular y esta otra de divulgar en el pueblo los derechos humanos, son obras pura y simplemente del pueblo francés. Al pueblo francés debemos la enciclopedia que rectificó el sentido común y la Revolución que llevó el derecho á todos los pueblos deduciendo las últimas consecuencias y los corolarios de aquella revolución religiosa hecha por Lutero, de aquella revolución artística hecha por Rafael, de aquella revolución planetaria hecha por Colón, de aquella revolución científica hecha por Copérnico, de aquella revolución metafísica hecha por Descartes, pues le tocaba resumir todos los principios y de todos los principios sacar las últimas consecuencias.

Así comprendiendo la raza germánica, en el momento de haber estallado la revolución francesa, que representaba ésta el obligadísimo corolario de la revolución religiosa, con toda su alma se asoció á ella, y por medio de sus grandes pensadores y poetas la mantuvo, sobre todo, antes de que la mancharan y oscurecieran los ensangrentados vapores del terror. No hubo ni un solo poeta, ni un solo filósofo de primer orden, directa ó indirectamente adversario de un movimiento como aquel, progresivo por sus ideas, y por sus consecuencias profundamente redentor. Había escogido como principal materia épica el gran poeta Klopstock, la vida sublime de Jesús en sus dos caracteres sacros de humana y divina. El Mesianismo, adorado por todos cuantos esperaban una redención, y la redención cumplida por el aguardado Salvador, le inspiraron una serie de cantos épicos y líricos odas, cantados por la posteridad entre los primeros acentos de la Musa germánica,

no aparecida por el cielo de los ideales humanos hasta la última centuria. Y no solamente loó tan tierno é inspirado poeta el Mesías como redentor religioso; lo cantó también como redentor social. Divinidad y Humanidad juntas en Cristo, constituyen la base del Cristianismo, así en su parte ortodoxa, como en su parte reformada. Catolicismo y protestantismo, con excepción únicamente de la secta unitaria, proclaman á Cristo-Dios, dogma esencial en esta nuestra heredada religión. Y tengo para mí que, si pudiese haber grados en la dogmática creencia, necesitarían más de la divinidad del Salvador los protestantes, que los católicos, pues aquéllos creen salvarse únicamente por la gracia de Cristo, mientras nosotros por la gracia de Cristo y por nuestras propias obras. Cantado esto por el poeta germánico, también su estro celestial cantó la redención traída por quien sustituyera el dogma de la fatalidad con los dogmas del libre albedrío; proclamara la igualdad universal; y predicando la perfección en lo humano, prometió con sus divinos labios, que acabarían los hombres por no tener ningún monarca y señor sino nuestro Eterno Padre, que está en los cielos. Dadas tales creencias é ideas, no podía menos Klopstok de considerar las revoluciones germánica y francesa, religiosa la primera y la segunda política, cual una verdadera y sola revelación del cielo. Así, cuando vió reunidas las Asambleas constituyente y legislativa, extendidos por aquella el dogma y la tabla de los humanos derechos y organizada por ésta la inevitable aplicación de tales principios á los pueblos; el inmortal autor de la Mesiada, les dirigió una oda, en cuyas melodiosas estancias proclamaba estos dos grandes cuerpos, concilios ecuménicos, reveladores de las nuevas ideas, á cuyo calor y luz habría de verificarse y esclarecerse la humanidad en los caminos del bien, para cumplir la relativa perfección dable á nuestra contingente y limitada naturaleza. Lo mismo sucedió con los filósofos alemanes. Ya sabemos cómo pensaban de la revolución; cuánto culto por ella tuvieron, así Fischte como Kant, profesores inmortales en la metafísica Moderna. Y sus dos herederos ó continuadores, á quienes la edad, en que la revolución estalló, no les permitía ser maestros afamados de la Metafísica, sino muy excelsos discípulos, se proclamaron en Tubinga heraldos y mantenedores de la renovación universal anunciada por el redentor movimiento revolucionario. Acompañado de Schiller, el poeta de la libertad, llamado á defender los derechos de la conciencia religiosa en su drama *Don Carlos*, y los derechos de las naciones á gobernarse por sí mismas en su drama *Guillermo Tell*, plantaron un árbol de la libertad, dirigiéndole sabios conjuros para que dilatase á toda la tierra y á todas las gentes su benéfica sombra. Y en todas estas manifestaciones resalta una pena, común y tan grandes hombres, la pena de que Alemania no se adelantase á Francia en la vías del progreso y no hubiera extraído por una gran revolución política las consecuencias de los principios cerrados en la revolución religiosa, hecha por los alemanes dos siglos antes de que llegase á Francia la revolución política. Pero Dios había repartido de un modo muy diverso las lenguas de fuego

de su inspiración. Merced á esta diversidad de inspiraciones existía una gran diversidad de aptitudes en Europa, y si Francia hizo la revolución política, hicieron antes sus respectivas revoluciones los demás pueblos. Tocóle á Germania renovar la conciencia, tocóle á Italia renovar el arte, tocóle á España renovar la tierra, tocóle á Francia renovar la filosofía por su método cartesiano y su Enciclopedia: sólo Inglaterra y Suiza y Holanda unieron á la revolución religiosa, las revoluciones políticas parciales; y sólo Francia, después de haber la Metafísica renovado y descendido con su enciclopedia incomparable al fondo del sentido común, hizo la revolución universal, y transformó la humana sociedad.

Mucho se dolieron los escritores germánicos de que no hubiese Alemania completado su revolución religiosa con la revolución política pronto; pero más aún se dolieron los publicistas franceses de que no hubiera precedido en Francia una revolución en el dogma y en la moral á una revolución en el derecho. Hay de la Revolución francesa historiadores resueltos á no prestar atención al movimiento religioso y científico, generador del estado mental que trajo á la postre un cambio profundo en la sociedad, como le sucede á Thiers y á Mignet, los cuales historian las crisis teológicas de tal época, pero sin buscar sus antecedentes en lo pasado, ni presentir ó prever sus consecuencias en lo porvenir. Hay otro historiador, como Lamartine, quien, adepto de cierta idealidad cristiana, unida con cierta idealidad panteísta, desdeña el fenómeno religioso hasta que no lo ve patente á su vista; surgiendo en el tiempo y en el espacio, y así no busca su verdadera genealogía mental en las raíces religiosas de nuestras creencias históricas. Pero en oposición á éstos, existen los historiadores dogmáticos, ya en religión como Quinet y Michelet, ya en filosofía, como Taine, muy dados á unir en las series paralelas de los hechos y de las ideas el término religioso de la revolución francesa con el término político, dada la dialecta de los tiempos. Optimista Michelet piensa encontrarse frente á frente de una revelación, tan extraordinaria y transcendental como la revelación cristiana misma, siempre que se halla frente al rayo de luz emanado del espíritu revolucionario, aunque relampaguee y fulmine y truene, como un rayo de tempestad. No así Quinet. Para este gran espiritualista, enemigo implacable de la Iglesia católica, el mal de la revolución estuvo en haber querido renovar la sociedad sin haber antes renovado la fe y con la fe también el espíritu social. En el pensar y sentir de tan eximio historiador, una religión imperial, copiada del Cesarismo romano, con un jefe parecido en su alto poder y en su altísima posición á los emperadores antiguos, con un mezuino cónclave de tan poca influencia en la monarquía pontificia como el Senado de Roma en los últimos días del Imperio; no cuadraba con los principios de libertad propuestos por la Filosofía, y aceptados por la Revolución bajo el anatema de la Iglesia. Para que los derechos humanos pudieran completarse de un modo sólido, se necesitaba, según Quinet, que cambiase de conciencia social; y para que la con-